

# DE LA ANARQUÍA ACADÉMICISTA A LA REALIDAD SOCIO-TERRITORIAL

## Críticas anarcofeministas al anarquista intelectual

**Por AkirA**



De Proudhon y su sostén tradicionalistamente machista a las reivindicaciones anarquistas actuales.

La ausencia de cuestionamientos a la realidad establecida es un rasgo humano homólogo al autoritarismo desde su concepción colonial, y al parecer, aún no nos hemos liberado de estos patrones de conducta, ni si quiera el anarquista moderno. Los titulares anarquistas de Bakunin, Malatesta, Fabri, entre otros, siguen siendo bibliografías más que revisadas, consigna estructural y repetición panfletaria basada en estos autores que, en su alto porcentaje, corresponden al siglo XIX o al anterior. Tocándonos la cola, no existe gran variabilidad crítica a este lecho bibliográfico ya anacrónico, que ya no se sitúa en el contexto sociopolítico actual, en las necesidades territoriales dentro de los límites de cada estado ni en las nuevas aperturas a las problemáticas patriarcales que viven arrasando con los zapatos desabrochados nuestros mismos “colegas antiautoritarios”. Muy por el contrario, se reivindica como un axioma indiferenciado. Un ejemplo cotidiano es escuchar al anarquista que rechaza la lucha feminista o no se involucra. La ausencia de cuestionamiento se perpetúa, a ellos les es preferible ubicarse así, redondeando los temas de sus autores leídos en vez de transitar por la incomodidad de cuestionarse su posición biopolítica masculina que no se encuentran en aquellos libros o léxicos discursivos.

Así, el anarquista académico deja en evidencia que se sigue bajo estos patrones de control de masas: traga información sin procesar, no la cuestiona o la contrapone a la realidad que vive, asume los textos como una verdad absoluta tal sujeto cotidiano que se impresiona con titulares de apariencia ostentosa y altiva.

En este caso, mi apreciación es que seguimos bajo una visión autoritaria cosmopolita, neocolonialista y patriarcal en lo que respecta nuestras necesidades personales, sociales y sus saberes: primero el debate semántico entre el neoliberalismo y el anarco-comunismo, antes la “falsa dicotomía” entre el marxismo y anarquismo (cosa que planteo como una estrategia neo-marxista para adquirir adherencia), antes todo el diccionario y la autoridad académica... que el rechazo protoburgués del intelectualismo, desplazando así nuestra deconstrucción

como raza humana individual y colectiva, nuestros propios sentires y las responsabilidades sociales que eso conlleva a un segundo plano. Antes de panfletar y llenar habitaciones de foros sobre consignas atemporales o academicismos históricos, debiésemos partir por la pléroma de nuestro problema contra la autoridad: la ausencia de la mente crítica. Preocuparnos de la habituación de nuestrxs propixs cuerpxs y nuestros mecanismos psíquicos de aprendizaje, la co-educación, co-crianza, deconstrucción, y reconocimiento de los factores de opresión que vivimos en la globalización actual. Y con respecto a la coersión de la condición física, las feministas anarquistas –y más aún las racializadas- son las que suelen llevar a la mesa estos temas, claramente pues son quienes viven primariamente estas opresiones. Quiero aclarar que en la lucha por el anarcofeminismo existen muchos compañeros varones simpatizantes y activistas, que nos han acompañado, se han posicionado y han construido círculos de trabajo anti-patriarcal, a estos los abrazamos con amor y confiamos en la nobleza de la búsqueda antiautoritaria en todos los planos en sus corazones. Sin embargo, aún no se visualizan ni en equidad de número y este problema ya no puede pasar inadvertido.

El feminismo ha tomado fuerza, y ha explotado el número de mujeres que se están organizando para luchar contra sus violadores. Sin embargo, sigue siendo ridícula sino nula la participación de hombres levantando círculos sobre violación y haciéndose cargo de esta cultura, de la que son parte, y de los abusadores o violentadores que ellos mismos alimentan. Hoy por hoy la anarquía se toma la palabra en todas las redes sociales, llenándose de imágenes con policías incendiados y consignas como muerte al estado. Va y viene la lucha contra la autoridad y el poder, siendo esta práctica totalmente ausente en el territorio primario de relaciones humanas que les concierne. Proliferan los varones estéticamente reconocibles que dicen sí a la libertad y al amor, pero apoyan o silencian opiniones cuando a abusadores o funados se refiere. Visualizo al anarquista común, ese que sigue delegando la fertilidad únicamente en la mujer, fertilidad que lo acompaña 365 días (a diferencia nuestra, solo 1 vez al mes). Ese anarquista que dice abajo el estado pero no al estado de las cosas, ese que dice

autogestión y no autogestiona ni su salud genital, pues no existen hombres haciendo fanzines o creando talleres de ginecología natural masculina, ni convocando charlas sobre las enfermedades que portan, sobre sanación de ETS o pasándose panfletos de vasectomías. Por el contrario, ni si quiera se hacen cargo y muchas compañeras son víctimas silenciosas de aquel abuso a consciencia. NINGUNO en charlas de aborto, ningún interesado sobre cómo ser acompañante, de cómo evitar hacerle ese daño a sus compañeras. No veo anarquistas haciendo intervención sobre abusadores/violadores como tema y eje central de trabajo, ni rechazando la pornografía de tortura y humillación como rechazan otros tipos de consumo. Sobran anarquistas viajeros que abortan su paternidad y abandonan a sus hijxs, y luego su discurso va contra el abuso de poder. Algunos más violentos que maltratan y agreden mujeres y se hacen los locos, y otras amistades que lo protegen. Antifascistas tratando de “feminazis” a otras mujeres, sórdidamente asociándonos a un holocausto porque que les exijimos respeto, sin ver su propio cuerpo biológico como socialmente más privilegiado, tal como hace el hombre blanco por sobre el racializado, convirtiéndose en la paradoja de todo lo que odia. La lucha contra el poder no es más importante que la que replicamos en nuestro cotidiano, dejando mucho que desear, y haciéndonos asumir que no hay interés en bajarse de su pedestal autoritario. Mientras caminan sobre nuestros calzones hablando de igualdad de derechos, las mujeres nos separamos para encontrar un lugar donde al fin, podamos elegirnos libres de sus órdenes y su maltrato visible o invisible. La anarquía será feminista si su finalidad es destruir el poder, o no será.

Jamás encontramos antes en las okupas emblemáticas accionares deconstruídos, verdaderamente antiautoritarios y de apoyo feminista, y sabemos a estas alturas que eso está lejos de suceder. El autoritarismo solo desaparece en redes y vínculos de afecto, no en los colectivos anarco-acab ni en raperos que definden a sus amigos violentistas. La decepción de vivir dentro todos esos espacios reiterados abusos sexuales, violencia física, silencio, arribismo y amiguismo, sintetiza al separatismo como el más liberado escenario, al menos durante esta época y lo que venga a lo próximo.

## Del absolutismo anarquista a la responsabilidad social

Con respecto al posicionamiento territorial, existe un vacío situacional y político en lo que respecta al abolicionismo anarquista clásico. Desde siempre la palabra “amarillismo” ha sido el titular utilizado al trabajo en colaboración con nuestrxs “enemigxs políticxs”, véase así al ciudadano común, que incluye a las señoras mayores votantes, a las personas que trabajan dentro del sistema, a la escuela, a la salud pública, sanitaria y ecológica no-sustentable.

La problemática comienza cuando desde la práctica feminista incesable e infinita, el amarillismo parece disolverse en cuanto van apareciendo las necesidades urgentes que como mujeres vivimos en la sociedad. Como ejemplo dejo en visto la situación ocurrente en la isla de Chiloé, segundo lugar en el país con mayor porcentaje de violación e hijxs por incesto, donde no solo las violaciones comunes atañen a jovencitas de 12 a 15 años, sino que además se sostiene públicamente un mecanismo de perpetuación y protección patriarcal naturalizado. Al visualizar esta problemática, se tornó imperante accionar sobre la cultura de la violación dentro de las escuelas. Sin dejar de liberar espacios o convenir en la autosanación antifarmacéutica, la recuperación de nuestra cuerpo o el fomento de la educación libre, la situación territorial de Chiloé nos ha obligado a dejar atrás este egocentrismo académico y llevado a la praxis en el apoyo intraterreno. Son las chicas activistas las que están viajando kilómetros hacia los adentros de la isla para acompañar a las campesinas, somos las feministas, las que “nos amarillamos” animándonos a estudiar la educación no-sexista para perpetuarla en los colegios, entre niños y adolescentes que viven estas realidades de abuso y de violación.

Otro ejemplo de accionar de urgencia fue la necesidad de intervenir sobre las campesinas longevas con cáncer uterino privadas de una salud básica. Aquella adulta mayor, aquella que el anarquista jacta de “ciudadana culiá” por votar y la rechaza, aquella que ya era madre de tres hijxs a los 23 años como para pensar vivir una salud antiautoritaria. El anarquista moderno no visualiza los privilegios que determinaron su propia libertad para decidir, educarse y elegir cómo nutrirse intelectualmente, y mientras construye márgenes egocéntricos entre su verdadera

historia sociocultural y su nihilismo academicista no-identitario, se aparta de la realidad en la que vive y de su campo pragmático. No niego en ningún momento que la sociedad carcelaria es un axioma creado desde la total voluntad colectiva, y del miedo a la liberación del deseo de poder. Pero curioso es que tal poder repudiado y criticado en el discurso por el anarquista moral, se sostiene cotidianamente con mucha de la falocracia que él mismo se niega a abandonar, así como el burgués y su despotismo totalitarista. Tampoco se niega que existen mujeres machistas, patriarcales y autoritarias y que su interés es perpetuar el status quo, que quede claro, pero por lo general de esas nos estamos encargando nosotras. Está dicho, no habrá feminismo mientras se dispute la obtención de supremacía de los roles de poder, en vez de abolirlos.

La observación principal es que existe una suma de condiciones y privilegios que nos entregan no solo nuestras libertades políticas, sino que también nuestras oportunidades autogestivas e incluso la viabilidad de impacto en las prácticas libertarias radicales. Los modelos de intervención anárquica definidos dicotómicamente en “o reformismo o abolicionismo” quedan obsoletos ante una inmensidad de factores multidimensionales en nuestra realidad de interjección y combate, tales como nacer mujer, la condición de clase, nacer en una etnia racializada, ser inmigrante, la identidad sexual, entre otras. Teorizar sobre cuales prácticas cooperan con el estado y cuales no, se torna un ejercicio otorgado desde una zona de confort para una feminista ejerciendo, cuando una madre inmigrante con dos hijxs en situación de calle necesita encontrar un trabajo o una amiga sufre abuso sexual en su espacio laboral. En nuestra realidad bio-política el femicidio es un cotidiano y una amenaza socialmente aceptada, ser mujer migrante, negra y pobre es un crimen en Chile. El abolicionismo pierde sus ejes semánticos o se encierra en un límite dogmático-judicial ante los modus operandi para el sabotaje social patriarcal y el apoyo a las demandas de primera necesidad, como lo sería en este caso ayudar a esta mujer a salir del modo de sobrevivencia o protegernos del femicidio.

El punto crucial es que el siglo XXI y la globalización nos revelaron que no existen únicamente dos puntos polares como “obrerx-patrón”, “homosexual-heterosexual”, “estatismo-antiestatismo”, sino una variabilidad crítica de espectros socio-dependientes, algo así como una gran red tejida por toda la conectividad entre géneros, etnias, condición de clase y territorio, definido como interseccionalidad por el feminismo radical. Esta cosmovisión contextual desafía al paralelismo del anarquismo clásico del siglo XIX o XX pues el sujeto colonial y la cuestión de género no eran temas declarados como sustratos inseparables del autoritarismo, y por tanto no eran trascendentes para la lucha contra el estado. De esta forma, las lecturas de mujeres como Emma Goldman o Voltairine de Cleyre solo se convertían en textos “alternativos”, la interseccionalidad se hizo invisible en los contextos de lucha y se determinó al estado como un solo mal indivisible, sin las directrices patriarcales, colonialistas y territoriales que lo sostienen. Los privilegios y tiranías internas aún no se asumen a totalidad, y tampoco se visibiliza la mentalidad crítica para cuestionar a nuestrxs “padres” políticxs. Hoy por hoy, estos componentes multidimensionales e imprescindibles evidenciados por el feminismo invitan a reconocer que la desarticulación del poder es mucho más compleja que el ejercicio único de crear espacios autogestivos, mientras no se tenga en la mira la tiranía de la problemática del género. Las condiciones dicotómicas que el abolicionismo clásico impone como eje de lucha, se abre como una flor contra la rigidez determinada por el privilegio del siglo XXI: a saber, es más sencillo para un anarquista hombre proclamar “abajo el trabajo”, que para una compañera anarquista que ejerce la maternidad sin apoyo paternal; y sí, las chicas te lo bancan y la hacen igual, pero existe la posibilidad que no puedan lograrlo. Hemos de reprogramar los tercos límites impuestos por el academicismo anarquista formal para protegernos, amarnos y reinventarnos, pues si no luchamos juntas, nos destruirán por separado.

Gracias a este “absolutismo anarquista”, donde se obvian piezas estructurales de la jerarquía estatista y se limitan o se condicionan las prácticas en “nivel de radicalidad”, muchos dejaron estrecho el vínculo que generamos como co-creadores de esta realidad y nuestra relación casi metabólica en la respiración

cotidiana terrícola, cuando menos desde la lucha feminista. Ignorar a ciegas que somos el escenario pragmático de toda esta sociedad carcelaria e hipnótica por el control de masas, pareciera otra de la ausente mentalidad crítica establecida por el capitalismo, para imaginarnos como objetos individuales sin conexión vincular con nuestro entorno. Por otro lado, saberlo, asumirlo y no tomar acciones comunitarias o responsabilidad por la familia-raza de la que somos parte, es otra evidencia del adiestramiento y marginalidad emotivo-política sistematizada por el existencialismo neoliberal y un nihilismo mal concebido de escepticismo radical (nihilismo que el mismo Nietzsche rechaza, pues expone que para atacar la angustia y aplastante dolor del nihilismo, no hay que negarlo como lo hacen las religiones, sino accionarlo críticamente y tomar todo como una oportunidad para ver el horizonte con alegría -especifica en su libro la Gaya Ciencia-).

Esta limitante mental, condicionada por un anarquismo restrictiva y parcialmente comprendido, se le suma las repercusiones del colonialismo del saber en nuestras vidas, explicando la anarquía como una lucha instructiva determinada por un libro contra los gobiernos, que no menciona la lucha contra el territorio fálico individual que es colaborador del sustento del poder, y de la forma estructural de organización del mismo. Si no se evalúa ni se abole este tipo de autoridad, la búsqueda de la anarquía se torna una simple habladuría. La virilidad es un proyecto heteronormativo para definir nuestros roles en el esquema de la jerarquía y status quo, y se caracteriza por la agresividad y la egolatría, por la superioridad por sobre otrxs y la desconexión con la naturaleza, por la ausencia de emociones, el control socioafectivo, por tener una alimentación carnívora, por ejercer o sufrir el maltrato y naturalizarlo, por sexualizar a un otrx o a sí mismx, entre otros, el “macho” u hombre común socialmente adaptado, fue creado como un ser de destrucción y fabricado para las guerras, y duerme saludablemente en la piel de cada uno, en las prácticas cotidianas escolares, laborales, familiares, sociales, en nuestros amigos íntimos y en el enemigo declarado. Así, hombres, mujeres y disidentes anarquistas perpetuamos la cultura neoliberal luchando contra el estado y no contra el estado de nuestra propia forma de co-educación.



La obnubilada lucha contra el estado sin es verdadero “todo”, genera este rechazo a trabajar en la deconstrucción entre nuestros pares como una lucha alternativa, si es que no es llamada como “reformista” para los más rígidos letrados académicos al ignorar que esto se trata de cultura. En base a esto aparece en mi memoria Ted Kaczynski con “El truco más ingenioso del sistema”, y su premisa de que todo es un reformismo silencioso. Sin quitarle el respeto merecido a su trabajo político, desde mis nociones antiespecistas, antiautoritarias y ecofeministas, esta premisa es una contradicción ideológica al igual que sostener el rechazo al cooperativismo natural.

De sabida el planeta tierra es una sola gran sociedad inter-independiente de la que somos parte, obnubilada por diferentes conceptos capitalistas, como que somos seres aislados a ella, como la bien elaborada confusión impuesta de que una única realidad posible diferente a esta sería vivir en un mundo “sin ningún sistema” y que, por consiguiente, eso es imposible, nos niegan a imaginar un sistema diferente a este, y bajo esta hipnosis paradójica nos aseguran que este es el único, y que ya no podemos escapar. Por suerte aún tenemos al planeta tierra bajo nuestros pies para asegurarnos que existen miles de sistemas beneficiosos del que tenemos mucho que aprender, nuestras cuerpos humanas y células para enseñarnos sobre la organización cooperativa y que vivir un “mundo sin ningún sistema” es un imaginario tanto ridículo como malicioso de pánico, inventado por el mismo capitalismo para crear confusión y frustración –aclaro para quienes creen que el anarquismo significa eso-. Una cosa es el sistema patriarcal neoliberal actual, otra cosa es nuestra familia-humanidad-raza, donde hegemónicamente nos somete el primero –por suerte aún no en todas las culturas en resistencia, ni en nuestros corazones libres y resilientes-. Todxs tejemos sistemas, sistemas de sociabilización entre nuestrxs amigxs y nuestrxs pares, sistemas entre nuestro medio ecológico, sistemas de organización para compartir los objetos materiales y no todos estos son neoliberales. Como estos sistemas menores no tienen nombre, los ignoramos y creemos que existe solo uno: el capitalismo.

Marcando estas dos diferencias, en donde se separa el concepto de humanidad con el concepto de capitalismo, y del sistema capital con los sistemas de organización natural, las entendemos como entidades unidas pero NO

determinadas (no por nada somos anarquistas). Para Teodoro Kazcynski precisamente todo pareciera ser lo mismo. Al exponer que si luchas o no, generarás un perfeccionamiento inconsciente a un sistema ideal tecnócrata y destructivo, evidencia por consiguiente la negación de toda forma de simbiosis natural existente y por ende, de la nuestra. Es absurdo, si es que no además especista y antropocentrista, asociar minimalistamente la lucha por la recuperación del agua, por ejemplo, como una forma de perfeccionamiento del sistema y no como parte de nuestros mecanismos evolutivos como los de la tierra, así como vivir sin sistema suena tan absurdo como equivalente a vivir sin el planeta mismo. La simbiosis entre la naturaleza, las especies y el deseo evolutivo no es un concepto académico basado en la tecnocracia (otro arribismo ilusorio del academicismo), sino un flujo vivo de búsqueda de bienestar. Teorizar sobre un posible mundo sin sistema alguno es negar la organización operacional de todo ser viviente, desde nuestro sistema de órganos al sistema vegetal, de sus necesidades de adaptación, y de las posibilidades que tenemos de usar nuestras manos para un bienestar colectivo basado en la nutrición benevolente. Es por esto que el rechazo a la participación comunitaria y territorial de base anarquista sería una paradoja casi neoliberal. Quemo su comunicado con alegría y gracia.

La anarquía no es un esbozo utópico, es el trabajo cotidiano de radicalizar los métodos de existencia con la finalidad de que en nuestros andares no se sometamos a otros ni someternos a nosotras mismas. El sistema arbóreo –fuente maestra de demasiados de mis aprendizajes- me enseña que queda aún un largo camino por recorrer para volvernos a una simbiosis solidaria y amorosa, pero que no somos el capitalismo, somos la recuperación de nuestra identidad como humanidad. Somos la humanidad libre, espontánea y hermosa con la que hacemos y vivimos por lo menos nuestros primeros años de vida, hasta que se nos ataca e hipnotiza con la destrucción de nuestra autoestima y el odio hacia nosotrxs y a la sociedad. Esa humanidad olvidada llamada infancia, que solo vive con asombro, alegría, espontaneidad e ingenuidad, sin errores ni premios, sin crimen o castigos. El capitalismo también nos ha robado eso, que es recordarnos como humanxs libres de toda opresión mental con la que nacemos. Y a mi parecer, debe ser una libertad

demasiado infinita, pues llevamos cinco mil años de capitalismo en nuestras células, y todxs nuestrxs niñxs siguen naciendo con la misma mirada de ingenuidad, pureza y libertad como la que vemos reflejada en los elementos de esta tierra.

Agregar que desde esta perspectiva, la humanidad tiene una resumida gran tarea, que es organizarse responsablemente para detener el flujo de la inconciencia que se ha desaforado, sabotear al capitalismo infértil, avanzar en la recuperación de la tierra, proteger las aguas, esforzarnos en la reducción de nuestra población, y en fin, una infinidad de actividades... que por suerte jamás nos faltarán para entretenernos a lo largo de nuestra vida saboteando y recreando.

Cada tejido geográfico y demográfico presenta su propia singularidad y en él confluyen mecanismos feministas antiautoritarios únicos. En ciudades como la de Concepción, zona urbanizada, las chicas se están protegiendo contra la violación, los acosos y los abusos con fuertes bloques negros y comitivas conectivas de rápido acceso. En Temuco y alrededores de Wallmapu existe una lucha directa en el rescate de la tierra y la defensa de la nación mapuche contra el terrorismo de estado como primera necesidad. En Chiloé, lugar donde el clima no favorece para manifestaciones o recuperación de espacios y el nicho del violador está en la familia, la acción directa es mucho más meticulosa. Todas estamos de acuerdo que hasta que el último río no sea respetado, no habrá feminismo, por lo que nuestros accionares no se limitan al trabajo sobre la equidad de género, la etnia o raza si no se cuentan las medidas por la liberación de toda la tierra.

El abolicionismo como práctica indiferenciada queda obsoleto en las anchas tierras del feminismo antiautoritario. Antes que anarquistas, nuestra primera contienda se encuentra en el territorio que habitamos, y somos mujeres, no hombres. Como tales, reconocemos que cada una confronta una trinchera propia, prescrita por su realidad personal, y por ende, no todas nos posicionamos desde una lucha que ilusoriamente es igualitaria para el anarco académico. Cada compañera se cimenta y se observa dentro del proceso deconstructivo en el que se encuentra, y cuando nos reunimos en espacios separatistas antiautoritarios observamos nuevamente

que las edades, etnias, territorios y experiencias de vida, son clave para comprender que la desarticulación estatal no es posible mientras mantengamos ese “sesgo” de la lucha de clases como único referente entre oprimidxs y opresores.

En cada mujer, ya sea la mujer mayor, joven y adolescente existe un universo único, donde procesa su historia según el privilegio en el que se encuentra. Así, se viven diferentes embarazos, diferentes partos, diferentes abortos, diferentes ciclos menstruales, diferentes formas de comer, de subsistir en el territorio geográfico, así como una mujer ovulando está en un proceso incomparable a la que se encuentra menstruando, nos trataremos de diferentes maneras mientras contextualicemos estos referentes. La libertad es un proceso de deconstrucción permanente, que avanza con las conversaciones amorosas que se tejen entre compañeras al desnudar estos privilegios que comparten algo en común: el patriarcado y neoliberalismo como enemigo sistema de dominación. Así es la riqueza que perdura cuando me encuentro con otras mujeres. Por lo menos está claro que en el hacer, la libertad se abre camino al andar.

Cuando el arribismo y el falocentrismo no quieren ceder ni cuestionarse, se buscarán miles de excusas basadas en cualquier basura encontrada. Y con aquellos ya no tendremos ningún trance. No concibo a un anarquista que no se deconstruya individual y colectivamente como práctica política y que no se vuelva más solidario en la lucha transnacional contra el patriarcado neoliberal. Para declararse libre pensadorx, es necesario hacer una relectura de la historia, incluso la de lxs anarquistas, y esta falta de mentalidad crítica en lo que respecta a los privilegios de la supremacía de género aún restringe y coarta las actividades de la lucha contra el poder.

Besitas feministas, muerte al masho y a todxs sus malditxs cómplices. Un saludo pa mi hermanitx tobi, pal gari, pal fidel, pa toas las animalas y vaquitas de Nercón y pa toas las gatas de Chilwe. Shau.

rayodesol@riseup.net

Luna Nueva en Tauro, Chilwe, Huillimapu, 2018